

El político, ¿un sinvergüenza?

Cuando al salir a la calle, por ejemplo a la puerta de supermercado, nos cruzamos con alguien que, al entrar, “deja caer” un objeto al suelo; cuando nos paramos ante el rojo de un semáforo a la atura de otro conductor que aprovecha el momento para limpiar su cenicero, abriendo la puerta del coche y sacudiéndolo contra el suelo para que escupa todas las colillas que guardaba; cuando ves que el dueño de un perro pasea hasta llegar a la puerta de una vivienda y espera allí a que el can termine de vaciar todos sus contenidos líquidos o sólidos contra piedra y madera de la fachada del edificio; cuando al ir a depositar la basura en el contenedor más cercano te encuentras, antes de que ya esté lleno, bolsas abandonadas bajo la barra a presionar para abrir la compuerta; cuando al subirte a un ascensor compruebas cómo el respeto al mobiliario de uso compartido es escaso; cuando ves que hay tan poco testimonio edificante en esos ejemplos de mal comportamiento ciudadano, es momento de comprender que tu estado de ánimo no es el mejor para amar al prójimo.

Yo he entrado en esa situación después de analizar el comportamiento del personaje público: hastiado de ver cómo hay un gran descontento ciudadano con la labor política de nuestros representantes, me he acercado a ver cómo es la de esas otras personas que no viven con el adjetivo de público, pero sin embargo están –queriéndolo o no- siendo también ejemplarizantes –en lo bueno y en lo malo- para el resto de ciudadanos con los que conviven. Y llego a la conclusión de que quien en cualquiera de esas dos situaciones termina pensando que “todos son igual y no merece la pena”, es que ha dejado de “sentirse miembro de la manada” y ha empezado a dejar de amar a los demás miembros de su especie.

¿Quién ha enseñado al político a ser cabal en el desarrollo de sus tareas? Pues, exactamente, las mismas instancias que han enseñado a serlo al ciudadano. ¡Y ahora queremos que por denominar al individuo por su raíz griega –político, de polis- tenga una serie de valores que aparezcan de forma espontánea, que no se le exigen al individuo cuando de verlo con su raíz latina –ciudadano, de civitas- se trata! Pero claro, el político ha renunciado a ser pedagogo con sus representados; por eso no somos testimoniales con nuestro prójimo. Es mejor eso: lo sencillo, lo que no compromete; pasar, de la vida y de los demás. ¿Cómodo? Así nos va.

Fecha: 28/01/14

Enrique de Amo
Profesor Titular de Análisis Matemático de la UAL